

Los capuchinos y las buenas lecturas. La oferta libresca de la imprenta *El Heraldo*, Cartago, Costa Rica (1913-1965)

The Capuchins and good readings. The book offer of El Heraldo press, Cartago, Costa Rica (1913-1965)

Eugenio QUESADA RIVERA
Universidad de Costa Rica

RESUMEN

El propósito de este artículo es analizar la oferta de los libros que podían adquirirse en la imprenta *El Heraldo*, propiedad de los frailes capuchinos en Cartago, Costa Rica, entre 1913 y 1965. El análisis se realiza desde la perspectiva de la historia de la lectura, hija de la escuela francesa de los *Annales* y se emplean los listados de libros y folletos publicados en la revista *El Heraldo Seráfico* como fuente principal. Se concluye que estos religiosos implantaron en Costa Rica las ideas de León XIII y que siguieron el modelo desarrollado previamente por su Orden en Cataluña.

PALABRAS CLAVE

Lectura; Libros; Capuchinos; Costa Rica.

ABSTRACT

The purpose of this article is to analyze the book stock offered by the printing house *El Heraldo*, which was owned by the Capuchin Friars and located in Cartago, Costa Rica, between 1913 and 1965. The analysis is performed from the reading history perspective which is descended from the French *Annales* school, and several books and publications from the magazine *El Heraldo Seráfico* are used as the principal source. It is concluded that these priests introduced the ideas of Pope Leo XIII into Costa Rica, following the model developed previously by their Order in Catalonia.

KEYWORDS

Reading; Books; Capuchin; Costa Rica.



Los primeros capuchinos catalanes llegaron a misionar a Costa Rica en 1878. Se trataba de fray Bernardino de Capellades y fray Fernando de Montroig, quienes se hicieron cargo de la parroquia de Limón, pero al poco tiempo de haberla comenzado a administrar, el padre Fernando murió ahogado en el río Pacuare¹. Al verse solo, fray Bernardino llamó a un compañero suyo que misionaba en Panamá, fray Antonio de Igualada, quien ingresó a suelo costarricense ese mismo año.

Un año más tarde, fray Antonio y fray Bernardino se trasladaron a la provincia de Cartago, donde comenzaron a regentar la iglesia de San Francisco y se dedicaron a evangelizar los pueblos vecinos hasta sus muertes, acaecidas en 1897 y 1899, respectivamente. Tras la muerte del padre Bernardino, las autoridades capuchinas decidieron enviar al convento de Cartago a tres frailes que se hallaban en Colombia: fray Fidel de Montclar, fray Francisco de Ibarra y fray Egidio de Palma de Mallorca.

Sin embargo, solo el padre Fidel pudo arribar a tierras costarricenses el 23 de diciembre de 1899, pues el padre Francisco murió en el camino y fray Egidio no pudo salir de Colombia². A principios de 1902, la fraternidad capuchina de Cartago se componía ya de ocho religiosos: fray Fidel de Montclar, fray Ignacio de Cuenca, fray Matías de Ibarra, fray Mariano de Horta, fray Egidio de Palma de Mallorca, fray Rafael de Ibarra, fray Bruno de Pupiales y fray Hilario de Gualterilla³.

A partir de entonces, la provincia capuchina de Cataluña no cesaría de enviar religiosos a Cartago hasta la década de 1960. Celosos por infundir la doctrina católica entre los fieles costarricenses, particularmente los de Cartago, estos frailes se ahincaron a la producción de revistas y a la venta de impresos piadosos. Así vio la luz en febrero de 1913 *El Heraldo Seráfico*, una publicación mensual que se convertiría en la voz oficial de la Orden Tercera Franciscana, también afincada en el seno del convento de San Francisco de Cartago.

Inicialmente, los capuchinos contrataron los servicios de la imprenta cartaginesa de Alejandro Bonilla, y luego los de la capitalina imprenta del Comercio, para editar su revista. No obstante, los constantes retrasos que estos talleres provocaron a la circulación de *El Heraldo Seráfico* obligaron a los religiosos a crear su propio taller tipográfico en 1915⁴. La imprenta *El Heraldo*, como la llamaron los frailes, fue fundada por fray Doroteo de Barcelona, quien confió su administración a fray Ramón de Zugarramurdi.

Esta se inició como “un pequeño taller de imprenta al que se le destinó una caseta de madera pintada en un indefinido color rojo cinabrio, situada en el centro de la huerta”⁵ del convento de Cartago. Con el tiempo, *El Heraldo* mejoró su maquinaria y

1. Fray PACÍFICO DE VILANOVA, *Capuchinos catalanes en Centro América y México*, Barcelona, Imp. Myria, 1947, p. 37.

2. Fray MELCHOR DE BARCELONA, “Historia del convento de San Francisco de Cartago”, manuscrito no publicado, 1953, ARCHIVO PROVINCIAL DE LOS CAPUCHINOS DE CATALUÑA [en adelante, APCC], p. 102.

3. *Ibidem*, p. 104.

4. Eugenio QUESADA RIVERA, “Producir una revista en provincia. El caso de *El Heraldo Seráfico*, Cartago, Costa Rica (1913-1940)”, *LiminaR*, 17-2, 2019, pp. 183-195, <https://doi.org/10.29043/liminar.v17i2.678>.

5. José Antonio ZAVALETA, “El Hermano Fray Ramón de Zugarramurdi”, *El Heraldo Seráfico*, n. 509, 9-1955, p. 10.

amplió sus instalaciones, de manera que un reporte redactado en 1929 con motivo de la visita de fray Matías de San Lorenzo, ministro provincial de Cataluña, a Costa Rica indicaba que “*En l’actualitat conté dues bones màquines modernes, una d’elles portada l’any passat d’Itàlia [...] Està instal·lada en espaiós local davant el jardí de l’església i en línia d’evangelització franciscana*”⁶.

A fines de la década de 1950, el taller *El Heraldo* renovó su maquinaria bajo la dirección de fray Ponce María de Gerona. El 30 de octubre de 1957 se estrenó una prensa Heidelberg capaz de levantar 4.000 páginas en una hora⁷ y en 1959 se adquirió un linotipo de segundo uso que se hallaba en la Imprenta Católica, también propiedad de los frailes capuchinos⁸. Ese mismo año, la tipografía contaba con 14 empleados⁹.

De las prensas de *El Heraldo* saldrían tres revistas más: *Hoja Dominical* (1915-1965), *Amenidades* (1926-1928) y *Cultura Católica* (1928), así como también una serie de “libros de gran aliento como ‘La Orden Franciscana en Costa Rica’, de Eladio Prado, la ‘Monografía de Cartago’, de Jesús Mata Gamboa, gran número de obras piadosas, vidas de santos franciscanos, etc.”¹⁰. En 1935, los capuchinos declararon haber publicado 12 obras de entre 8 y 638 páginas en su imprenta de Cartago, además de “varias novenas, otros ejercicios de devoción, hojitas de propaganda o instrucción religiosa”¹¹.

Son estos libros y folletos producidos en la imprenta *El Heraldo* y otros que los frailes ponían a disposición del público lector el objeto de este artículo. Su propósito es analizar la oferta libresco del negocio de los capuchinos desde la perspectiva de la historia de la lectura. Un estudio de este tipo permite no solo conocer qué se leía en la Costa Rica del siglo XX, sino que también desvela el proyecto ideológico de la Iglesia Católica, que en este caso tuvo como instrumento a la Orden Capuchina.

A lo largo del artículo se intentará dar respuesta a las siguientes interrogantes: ¿por qué los capuchinos dedicaron parte de su apostolado a la producción de materiales impresos?; ¿cuáles eran las condiciones que ofrecía Costa Rica para la lectura de textos católicos?; ¿cuáles son las características de los libros y folletos que vendían los capuchinos?, y finalmente, ¿a quién se dirigen estos textos?

La fuente principal de este estudio son los listados de obras disponibles para la venta que frecuentemente publicaban los frailes en la revista *El Heraldo Seráfico*. A partir de este material se construyó una base de datos en la que se consignó el título de cada obra, su autor, la cantidad de páginas, el precio y el tamaño (en caso de que se revelaran estos detalles), y también se realizó una clasificación con base al tipo de obra y la temática general que abordaba cada uno de los impresos publicitados.

6. Fray CEFERINO DE GRANOLLERS. “Visita del M. R. P. Provincial”, *Catalunya Franciscana*, n. 6, año VII (6-1929), p. 139.

7. “Crónica”, *El Heraldo Seráfico*, diciembre de 1957, n. 535, p. 29.

8. APCC, Fray Melchor DE BARCELONA, “Crónica del Convento de Cartago. Manuscrito no publicado”. 1959, p. 70.

9. *Ibidem*.

10. ZAVALETA, “El Hermano...”, p. 12.

11 Para la exposición vaticana de publicaciones católicas que tendrá lugar en Roma el año de 1936, agosto de 1935. ARCHIVO DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO [en adelante ACSF], apartado XXII, legajo 4, fasc. 2, p. 3.



La historia de la lectura deriva de la *histoire du livre*, hija a su vez de la escuela de los *Annales*, que y fue iniciada por los franceses Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, quienes en su obra *L'apparition du livre* se preocuparon por mostrar que el libro fue, desde la aparición de la imprenta, una mercancía que los hombres fabricaban con el propósito de obtener ganancias¹². Estos historiadores se empeñaron en establecer una metodología para estudiar la historia del libro que contemplara su proceso de producción, las personas implicadas, la organización del taller, la geografía del libro y su comercialización. Su obra fue continuada por Roger Chartier y Robert Darnton.

De acuerdo con el historiador Martyn Lyons, “la historia de la lectura se ocupa de todos los factores determinantes de la recepción de textos. Se pregunta qué se leía en una sociedad dada, quién leía y cómo”¹³. Para Michel de Certeau, la historia de la lectura no es otra cosa que una forma de historia del consumo, al señalar que “se puede sustituir el binomio producción-consumo con su equivalente y revelador general, el binomio escritura-lectura”¹⁴. Por tanto, se trata de hacer una historia del consumo de textos a través del tiempo, tomando en cuenta la oferta, los actores implicados en el proceso de significación y sus efectos sociales.

Chartier, por su parte, propone tres posibles caminos para construir la historia de la lectura: el estudio crítico de los textos, la historia de los libros o de los objetos que, en general, han fungido como portadores de la comunicación escrita y el análisis de las prácticas que producen usos y significados diferenciados¹⁵. Dadas las características de las fuentes de las que se dispone, se ha optado por la segunda de las posibilidades, sin dejar de lado totalmente la figura del lector.

222

Por otro lado, Lyons apunta cuatro objetivos que persigue esta rama disciplinaria: en primer lugar, encontrar al lector destinatario o al público deseado y reclamado por los autores y los editores; en segundo lugar, identificar al lector real y sus respuestas; en tercero, poner en contexto histórico el encuentro entre el lector y el texto, y finalmente, demostrar la democratización de las prácticas de escritura en todas sus ramificaciones¹⁶. Este trabajo intenta alcanzar la primera y la tercera de dichas metas, poniendo atención a las características de los materiales impresos comercializados por los capuchinos.

Reconstruir las prácticas de lectura del pasado no es una tarea sencilla, sobre todo porque el historiador casi nunca dispone de fuentes que le permitan explorar al mismo tiempo todas las dimensiones de este fenómeno. En función de las fuentes disponibles, los historiadores han podido optar por diversas vías para desarrollar sus trabajos: una de ellas ha sido la de la posesión del libro a partir de inventarios de

12. Lucien FEBVRE y Henri-Jean MARTIN, *L'apparition du livre*, París, Albin Michel, 1999, p. 165.

13. Martyn LYONS, *Historia de la lectura y de la escritura en el Mundo Occidental*, Buenos Aires, Editoras del Calderón, 2012, p. 19.

14. Michel DE CERTEAU, *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 2000, p. 180.

15. Roger CHARTIER, “Le monde comme représentation”, *Annales*, 6 (1989), p. 1.509, <https://doi.org/10.3406/ahess.1989.283667>.

16. LYONS, *Historia de la lectura...*, pp. 32-33.

bibliotecas privadas o colectivas¹⁷. Es cierto que estos documentos pueden presentar algunos sesgos: por ejemplo, que un libro poseído no es necesariamente un libro leído. Sin embargo, Daniel Roche defiende su utilidad para revelar la difusión desigual de la lectura, las tendencias de un período dado y las escogencias individuales¹⁸.

Una segunda vía para aproximarse a la lectura y a los lectores del pasado la ofrecen los catálogos de librerías publicados como folletos independientes o insertados como avisos publicitarios en los periódicos, como optaron hacer los frailes capuchinos¹⁹. Finalmente, los testimonios de lectores ofrecen una tercera opción²⁰, pero este tipo de fuente tiene como obstáculo el no permitir hacer generalizaciones, pues el lector es creativo y hace de su lectura una experiencia única. Esta creatividad, plantea de Certeau, crece a medida que decrece el peso de instituciones capaces de controlarla, como podrían ser la Iglesia, la escuela o los mismos medios de comunicación masiva²¹.

Los capuchinos: una orden editora

Este apartado se consagrará a indagar por qué los frailes capuchinos dedicaron parte de su apostolado a la producción y venta de impresos, para lo cual es necesario indagar en el contexto de la España finisecular y de las primeras décadas del siglo XX, es decir, el mismo periodo en que se asentó y se consolidó la Orden Capuchina en Cartago, con el propósito de conocer las ideas con las que arribaron estos religiosos y que quisieron difundir entre la población costarricense.

La España de la Restauración (1874-1923) ofreció un ambiente propicio para que la Iglesia recuperara su posición de privilegio, la cual venía tambaleándose a causa de los progresos del liberalismo. El concordato de 1851 y la Constitución de 1876 concedían tres grandes privilegios a esta institución: el reconocimiento del catolicismo



17. A esta categoría pertenecen los trabajos de Roger CHARTIER, *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, París, Éditions de Seuil, 1987; Daniel ROCHE, *Les Républicains des lettres. Gens de culture et Lumières au XVIII^e siècle*, París, Fayard, 1988; ídem, *Le Peuple de Paris*, París, Fayard, 1988, pp. 271-320; Henri-Jean MARTIN, "Livres et société", en Roger CHARTIER y Henri-Jean MARTIN, *Histoire de l'édition française. Le Livre conquérant: du Moyen Âge au milieu du XVII^e siècle*, París, Fayard-Cercle de la Librairie, 1989, pp. 643-670; Jesús A. MARTINEZ MARTIN, *Lectura y lectores en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.

18. ROCHE, *Les Républicains...*, p. 26.

19. Dentro de esta categoría podrían incluirse los trabajos de Robert DARTON, *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008; Roger CHARTIER, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 145-160. En el caso centroamericano, particularmente el costarricense, los estudios de Iván MOLINA han tratado de aproximarse a la historia de la lectura utilizando ambos tipos de fuentes: Iván MOLINA JIMÉNEZ, *El que quiera divertirse: libros y sociedad en Costa Rica (1750-1914)*, San José, Editorial UCR, 1995; ídem, "Azul por Rubén Darío, el libro de moda. La cultura libresca del Valle Central de Costa Rica (1780-1890)", en ídem y Steven PALMER, *Héroes al gusto y libros de moda: sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*, San José, EUNED, 2004, p. 211-255; ídem, *La estela de la pluma: cultura impresa e intelectuales en Centroamérica durante los siglos XIX y XX*, Heredia, EUNA, 2004, pp. 163-191.

20. Dos ejemplos clásicos son: Robert DARTON, "La lecture rousseauiste et un lecteur ordinaire au XVIII^e siècle", en Roger CHARTIER (dir.), *Pratiques de la lecture*, París, Éditions Payot et Rivages, 2003, pp. 167-208, y Carlo GINZBURG, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Ediciones Península, 2009.

21. DE CERTEAU, *La invención...*, p. 185.

como religión del Estado, el control sobre la educación y el compromiso de que la Hacienda pública pagaría los salarios del clero diocesano. Además, los clérigos ejercían una importante influencia sobre los tribunales de justicia, particularmente en los pueblos, la cual no dudaron emplear para sacar provecho²².

A pesar de todos estos privilegios, a lo largo del siglo decimonónico la Iglesia española perdió el estricto control que hasta entonces había ejercido sobre los impresos. Para el historiador Jean-François Botrel, en este siglo “la Iglesia pasa de una situación de control ideológico directo de la casi totalidad de la producción al control material (y eventualmente ideológico) indirecto de una ínfima parte de una producción impresa en incesante crecimiento”²³.

Los impresos de todo género proliferaron en la España del XIX²⁴, muy a pesar de las constantes prohibiciones y censuras emitidas por los preladados de las distintas diócesis. De poco o nada sirvió que en 1880 el obispo de Barcelona recordara a sus fieles que la fe corría mucho peligro “con las malas lecturas” y que “estando éstas prohibidas por la Iglesia con graves censuras, no pueden permitirse sus buenos hijos, de manera alguna, leer los libros que contienen doctrinas contrarias a nuestra Religión santa, ni los periódicos que se manifiestan hostiles a ella”²⁵, pues los libros, folletos y periódicos contrarios a la doctrina católica continuaron proliferando.

Prueba de ello son los múltiples decretos que se emitieron en esta diócesis intentando controlar los textos que consumían los católicos: en 1881 se condenó a los periódicos *La Tronada*²⁶ y *Lo Fuet*²⁷ por anticlericales, y un año más tarde se haría lo mismo con los periódicos *La Bandera Católica*, *Lo Martell* y *Lo Bon Cristiá*²⁸. Ese mismo año, se prohibió la lectura del libro *El Reinado del amor cristiano* –publicado en Barcelona– por contener “algunas proposiciones mal sonantes o injuriosas a los Párrocos, Cabildos, Catedrales, Obispos, Papas y a la vigente disciplina de la Iglesia, pudiendo producir fácilmente verdadero escándalo entre el pueblo infiel”²⁹.

¿Cuál fue la reacción de la Iglesia española ante esta oleada de *malas lecturas* y los avances de la prensa liberal? Clérigos y fieles respondieron publicando periódicos, revistas, libros, folletos, hojas de propaganda y toda suerte de impresos. Es decir, a esas lecturas tildadas de malas e impías por la jerarquía clerical se opusieron los buenos y

224

22. El estudio del canadiense William J. CALLAHAN revela que en múltiples ocasiones los miembros del clero español recurrieron a los tribunales de justicia con el propósito de frenar el avance del protestantismo, del matrimonio civil o la secularización de los cementerios (CALLAHAN, *La Iglesia Católica en España (1875-2002)*, Barcelona, Crítica, 2003).

23. “La Iglesia Católica y los medios de comunicación impresos en España de 1847 a 1917: doctrina y prácticas”, en Bernard BARRÈRE et. al., *Metodología de la historia de la prensa española*, Madrid, Siglo XXI, 1982, p. 122.

24. Entre 1820 y 1840 se publicaron en España un promedio de 400 títulos al año, para 1870, 500 títulos. Para 1913 esa misma cantidad ascendía a más de 2000. Jean-François BOTREL, *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993, p. 343.

25. *Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Barcelona* (BOEOB) 22-3-1880, N. 955, p. 138.

26. BOEOB, 31-7-1882, n. 992, p. 301-304.

27. BOEOB, 22-8-1882, n. 993, p. 361.

28. BOEOB, 18-7-1883, n. 1009, p. 208.

29. BOEOB, 1-10-1883, n. 1.004, p. 289.

piadosos textos salidos del seno de la Iglesia. El profesor Isidro Sánchez sostiene que el concepto de “buena prensa” fue empleado en España desde fines del siglo XIX hasta la década de 1920, cuando se recuperaría la denominación de “prensa católica”³⁰.

Marcelo Spínola, arzobispo de Sevilla entre 1895 y 1906, elaboró en 1900 una definición de la “Buena Prensa”; según la cual era “todo un programa de lo que se puede y se debe hacer para cortar los vuelos a los periódicos malos y a los malos escritos, y para fomentar los periódicos sanos y escritos provechosos”³¹. Queda claro entonces que este proyecto iba más allá de las publicaciones periódicas y que, incluso, podría cobijar a impresos que no eran expresamente católicos.

En realidad, España experimentaba tardíamente un proceso que sus vecinos europeos habían vivido con anterioridad. En Francia, por ejemplo, los padres agustinos de la Asunción fundaron en 1873 la Casa de la Buena Prensa (*La Maison de la Bonne Presse*), una institución que lanzó al mercado francés varias publicaciones de carácter piadoso, como *Le Pèlerin* (1873) o *La Croix* (1880), las cuales se mantienen aún en circulación.

Todo esto obedecía, a su vez, a un cambio orquestado desde la cúpula eclesiástica. La intransigencia de Gregorio XVI hacia la libertad de prensa, “*mai abbastanza esecrata ed aborrita*”³², se fue matizando durante el pontificado de Pío IX, quien sugería que:

*Per combattere il contagio dei cattivi libri sarà molto utile [...] che tutti gli uomini di insigne e di sana dottrina che si trovano tra voi pubblichino altri scritti, anch'essi di piccola mole, da voi approvati in precedenza, a edificazione della Fede e per salutare istruzione del popolo*³³.

Como se aprecia, la Iglesia se abría a la publicación de textos impresos, pero siempre mantenía la censura previa ejercida por los miembros de la clerecía. Fue León XIII quien durante su largo pontificado (1878-1903) abogó en repetidas ocasiones por el desarrollo de una prensa católica capaz de competir con la liberal. Para él, las libertades de imprenta y de expresión eran “libertinaje”³⁴ y por eso era necesario “*contrapporre scritto a scritto*”³⁵, es decir, oponer textos católicos a aquellos considerados impíos.

Según este pontífice, para lograr este objetivo era necesario “*che almeno in ogni provincia si istituisca qualche strumento che illustri pubblicamente quali e quanti sono i doveri dei singoli cristiani verso la Chiesa: ciò con scritti molto frequenti, e se*

30. “El pan de los fuertes. La Buena Prensa en España”, en Julio DE LA CUEVA MERINO y Ángel LÓPEZ VILLAVARDE, *Clericalismo y asociacionismo católico en España: de la restauración a la transición*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2005, p. 58.

31. *Boletín Oficial del Arzobispado de Sevilla*, 15 de diciembre de 1900; transcrito en José-Leonardo RUIZ SÁNCHEZ, *Prensa y propaganda católica (1832-1965)*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones Universidad de Sevilla, 2002, p. 93.

32. GREGORIO XVI, *Encíclica Mirari Vos*, 15-8-1832, disponible en <http://www.vatican.va/content/gregorius-xvi/it/documents/encyclica-mirari-vos-15-augusti-1832.html> (consulta 10-10-2020). Además, este pontífice llamaba a “*sterminare la peste dei libri cattivi*”.

33. PÍO IX, *Encíclica Nostis et Nobiscum*, 8 de diciembre de 1849, disponible en: <http://www.vatican.va/content/pius-ix/it/documents/encyclica-nostis-et-nobiscum-8-dicembre-1849.html>.

34. LEÓN XIII, *Alocución Ingenti sane laetitia*, 22-2-1879. Transcrito en RUIZ SÁNCHEZ, *Prensa y propaganda...*, p. 37.

35. LEÓN XIII, *Encíclica Etsi Nos*, 15 de febrero de 1882, disponible en: https://w2.vatican.va/content/leo-xiii/it/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15021882_etsi-nos.html.



possibile quotidiani”³⁶. En 1890, León XIII volvió a incitar a los católicos a oponer la buena prensa a la mala prensa “*per la difesa della verità, per la tutela della religione, e a sostegno dei diritti della Chiesa*”³⁷.

Los llamados de León XIII comenzaron a rendir frutos en España a fines del siglo XIX. En 1899 se creó en la diócesis de Sevilla la *Asociación de la Buena Prensa* impulsada por el entonces arzobispo Marcelo Spínola³⁸. Años más tarde, en 1905, la diócesis de Barcelona haría lo propio fundando el *Centro Diocesano de la Buena Prensa*, cuyo vicepresidente sería el célebre Enrique Pla y Deniel. Los capuchinos tuvieron representación en la Junta Directiva, con fray Miguel de Esplugas como uno de los vocales³⁹. Entre 1904 y 1924, estuvo activa la *Asociación Nacional de la Buena Prensa*, que aglutinaba los esfuerzos en materia de propaganda católica de las distintas diócesis.

En 1904 tuvo lugar en Sevilla la *Asamblea de la Buena Prensa*, en la que se discutió sobre aspectos doctrinales de la propaganda católica⁴⁰. En esa ocasión se acordó repetirla periódicamente en distintas ciudades de la geografía española: así, en 1908 la diócesis de Zaragoza asumió la organización y en 1924 le correspondió a la de Toledo. Entre 1916 y 1925 se celebró en todas las diócesis el *Día de la Prensa Católica*, durante el cual se recaudaba dinero para financiar publicaciones confesionales. Los capuchinos se beneficiaron de estas colectas, por ejemplo, en 1918 la diócesis de Barcelona recaudó un total de 7.216,74 pesetas, de las cuales los capuchinos recibieron 125 p (1,7%): 75 pesetas para su revista *Estudios Franciscanos* y 50 para *El Apostolado Franciscano*⁴¹.

226

Siguiendo el mandato del Vaticano y la experiencia recogida en Cataluña, al llegar a Costa Rica la Orden Capuchina se empeñó en producir revistas y difundir propaganda católica entre sus fieles, o lo que es lo mismo, desarrollar la *Buena Prensa* en este país del istmo centroamericano. En las publicaciones que estos frailes hicieron circular es posible hallar idénticos discursos de oposición a la mala prensa y de desconfianza a la lectura individual que los ya difundidos con anterioridad en la Península Ibérica.

En sus revistas fue recurrente la idea de que San Francisco hubiera apoyado esta iniciativa de los católicos, de haber vivido en el siglo XX. Así, en 1921 en un artículo titulado “San Francisco y la prensa”, se afirmaba que “si San Francisco volviese al

36. *Ibíd.*

37. LEÓN XIII, Encíclica *Dall’alto dell’apostolico seggio*, 15-10-1890, disponible en: https://w2.vatican.va/content/leo-xiii/it/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_18901015_apostolico-seggio.html.

38. Sobre la *Asociación de la Buena Prensa* sevillana, ver el estudio de José-Leonardo RUIZ SÁNCHEZ, “Periodismo católico en Sevilla. De la Asociación de la Buena Prensa a la Junta Nacional de la Prensa Católica (1900-1925)”, en ídem (ed.), *Catolicismo y comunicación en la historia contemporánea*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones Universidad de Sevilla, 2005.

39. BOEOB, 12-10-1905, n. 1365, p. 462.

40. Sobre los resultados de esta reunión, Jean-François BOTREL, “La Iglesia Católica y la prensa en 1900. Entre poder y no poder”, en Paul AUBERT y Jean-Michel DESVOIS, *Presse et pouvoir en Espagne (1868-1975)*, Madrid, Casa de Velázquez 1996, pp. 189-201.

41. BOEOB, 19-11-1918, n. 1682, pp. 557-558.

mundo, se haría periodista” y continuaba el autor diciendo que “desarrollar convenientemente el apostolado de la buena prensa, es hacer obra verdadera y genuinamente franciscana”⁴². En otra ocasión, el director de *El Heraldo Seráfico*, fray Zenón de Arenys de Mar, decía:

Todos podemos imitar a San Francisco para conseguir lo que él consiguió correspondiendo al auxilio de Dios: y además de los medios que él puso en práctica, hoy nosotros tenemos uno que él no pudo utilizar, como es la Buena Prensa, hoy más necesaria que nunca, ya que los impíos [...] se valen de la prensa de una manera extraordinaria para conseguir sus fines. Hoy, pues, como nunca, todos los católicos y particularmente los que tienen la dicha de pertenecer a la V. Orden Tercera Franciscana han de apoyar a la Buena Prensa y suscribirse a ella⁴³.

A través de sus mensajes, los capuchinos llamaban a los fieles a asumir dos compromisos: por un lado, apoyar las publicaciones franciscanas suscribiéndose a ellas y, por otro, rechazar todo texto considerado por la Iglesia como malo. Por supuesto, eran ellos las voces autorizadas para guiar a los católicos por el laberinto de las lecturas y conducirlos a aquellas que les fueran de provecho. Así lo atestigua un artículo publicado en 1936, en el cual se aconsejaba no leer “jamás un libro sin cercioraros antes, sin haber pedido consejo a vuestros padres o a vuestro confesor. Si por descuido lo leéis, cerradlo cuando notéis que vuestra imaginación se enciende en malos deseos”⁴⁴.

Además de las razones hasta acá expuestas, los capuchinos también pudieron haber fundado la imprenta *El Heraldo* con el propósito de estimular la creación literaria entre sus miembros y, al mismo tiempo, ofrecer una plataforma para que los frailes pudieran publicar sus textos más fácilmente, sin tener que recurrir a una editorial particular. Esos fueron los motivos que fray José de Besalú presentó a fray Pelegrín de Mataró, superior del convento de Cartago, en una carta en la que le informaba de la fundación de la Editorial Franciscana de Barcelona:

El fin principal que ha inspirado la organización de esta Editorial, ha sido el deseo de evitar que los religiosos de nuestra provincia se entiendan directamente con los editores e impresores ajenos a la Orden para la publicación de sus obras o escritos, con el peligro, que de hecho ya era una realidad, que una pila de obras fruto del trabajo y de las cualidades literarias de nuestros religiosos quedaran enteramente perdidas o abandonadas a merced del afán más o menos especulador de los librereros y editores seculares⁴⁵.

Con la creación de la imprenta *El Heraldo*, estos frailes se convirtieron en la primera agrupación católica de Costa Rica en contar con un taller tipográfico propio y dieron vida a los periódicos confesionales más longevos del periodo anterior al Concilio Vaticano II, pues el cierre definitivo de la empresa coincidió con este acontecimiento.

Bernardo Augusto Thiel –obispo de San José entre 1880 y 1901– fue quien invitó a estos religiosos a venir al país y, al mismo tiempo, fue el encargado de introducir las ideas de León XIII respecto a la prensa. Ya en 1881 dirigiría el Primer Sínodo Diocesano, en el que se abordó por primera vez la necesidad de desarrollar un

42. Fray SAMUEL DE C., “San Francisco y la prensa”, *El Heraldo Seráfico*, 2-1921, n. 96, p. 19.

43. Fray Zenón de ARENYS DE MAR, “Año nuevo, vida nueva”, *El Heraldo Seráfico*, 11-1921, n. 383, p. 1.

44. “Las lecturas”, *El Heraldo Seráfico*, 11-1936, n. 286, p. 252.

45. APCC, Fray Josep DE BESALÚ, “Carta a Fray Pelegrín de Mataró, superior de la Residencia de Cartago”, 31 7-1926.



periodismo netamente católico capaz de hacer frente a la prensa irreligiosa, considerada como “el instrumento con el cual los hábiles socios del infierno infiltran día por día una porción de veneno en la sociedad humana”⁴⁶. El prelado insistiría sobre el tema en dos sucesivas cartas pastorales, una dada a conocer en 1882⁴⁷ y la otra un año después⁴⁸.

Entre 1880 y 1913 aparecieron 18 publicaciones católicas: 1 boletín, 4 revistas y 13 periódicos, todas las cuales, excepto *El Heraldo Seráfico*, tendrían una corta vida. Después, tanto grupos de laicos como del clero secular intentaron, sin éxito, consolidar un periodismo católico nacional. No obstante, para afianzar un órgano de prensa católico debió esperarse hasta 1931, cuando la Conferencia Episcopal lanzó su vocero oficial: *Eco Católico*, un semanario que se edita aún. El hecho de que los capuchinos apostaran por tener una imprenta propia no hace más que confirmar la peculiaridad de su proyecto, pues la Iglesia costarricense tendió a contratar los servicios de terceros para publicar sus textos e incluso rechazaba rotundamente el hecho de poseer una tipografía propia. En 1938, Carlos Borge, director de *Eco Católico*, se expresaba de la siguiente manera:

creemos sinceramente, por la experiencia, que el diario católico no necesita, al menos durante un largo tiempo, de tener imprenta propia. Imprentas sobran en un país pequeño como el nuestro y gracias a Dios bajo leyes protectoras de la paz y del progreso. Los inconvenientes de una imprenta propia son muchos. Ante todo, una imprenta solamente para un diario, sería una ruina⁴⁹.

Es muy probable que las pocas y débiles manifestaciones que el anticlericalismo adoptó en Costa Rica mantuvieran a la Iglesia un poco alejada del terreno periodístico; por el contrario, los capuchinos catalanes estaban acostumbrados a lidiar con este problema y eran más reaccionarios. Solamente se ha podido encontrar dos casos de censura eclesiástica por anticlericalismo en la prensa costarricense: se trata de los periódicos *La Aurora* (1907)⁵⁰ y *El Rayo* (1909)⁵¹; en ambos casos se amenazó a redactores y lectores con la pena máxima de la excomunión.

Si a esta situación se le suma una relativa calma política a lo largo del período de estudio, es posible entender por qué las publicaciones de *El Heraldo* se mantuvieron casi siempre al margen de las discusiones del acontecer político y se concentraron más bien en dar a conocer la ideología y la espiritualidad franciscana, así como también a ofrecer textos para moralizar a la población.

46. Bernardo A. THIEL, *Declaraciones hechas por el clero de Costa-Rica, con ocasión del primer Sínodo celebrado en San José de Costa-Rica*, San José, Tipografía Nacional, 1881, p. 53.

47. ARCHIVO HISTÓRICO ARQUIDIÓCESANO DE SAN JOSÉ [en adelante, AHASJ], fondo Arquidiócesis de San José, Acción Pastoral, Cartas Pastorales, Caja 0001-007, 5-2-1882, “Cuarta Pastoral del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Don Bernardo Augusto Thiel, Obispo de San José de Costa Rica dirigida a todos los fieles de la Diócesis en la Cuaresma del año de 1882”.

48. AHASJ, fondo Arquidiócesis de San José, Acción Pastoral, Cartas Pastorales, Caja 0001-007, 2-2-1883, “Quinta Carta Pastoral del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Don Bernardo Augusto Thiel Obispo de San José de Costa Rica dirigida a todos los fieles de la Diócesis en la cuaresma del año de 1883”.

49. “Editorial. El diario católico”, *Eco Católico*, 23-1-1938, n. 350, p. 51.

50. AHASJ, Fondo: Arquidiócesis de San José, Gobierno Episcopal, Circulares, Caja 0002-012, 31-7-1907, “Circulares de José Zamora”.

51. *Ibíd.*, 14-8-1909

Debe añadirse que el proyecto editorial que los capuchinos desarrollaron en Costa Rica no fue excepcional, sino que más bien poseían imprentas y editaban libros y revistas por toda la América hispana. Al promediar el decenio de 1930, la Orden comunicó a la Santa Sede que publicaba en estos países un total de 31 periódicos: cuatro en Argentina, siete en Chile, siete en Colombia, uno en Cuba, tres en Nicaragua, dos en Uruguay y otros siete en Venezuela⁵².

Las condiciones para la lectura

¿Cuáles eran las condiciones que ofrecía Costa Rica y, particularmente, Cartago para la lectura de textos católicos durante la primera mitad del siglo XX?, esta es la pregunta a la cual se intentará dar respuesta en esta sección, para ello se evalúan los niveles de alfabetización de la población, el estado de la producción libresco en el país y la oferta de libros en la ciudad de Cartago.

Como resultado de la Reforma Educativa de 1886, emprendida por el Gobierno de Bernardo Soto Alfaro, el analfabetismo comenzó a experimentar un notable retroceso. De acuerdo con los datos recopilados por el censo de 1892, el 68% de la población costarricense era analfabeta, un 20% era capaz de leer y escribir y un 12% sabía únicamente leer⁵³. Tres décadas después, la situación se había invertido: para entonces el 67% de los costarricenses contaba con algún grado de instrucción, mientras que un 33% era todavía incapaz de descifrar mensajes escritos⁵⁴. Al promediar el siglo XX, tan solo el 21% de la población no sabía ni leer ni escribir⁵⁵.

La cabecera de la provincia de Cartago, centro neurálgico de la Orden Capuchina en Costa Rica y lugar privilegiado para la distribución de sus impresos, experimentó también un descenso del analfabetismo. A fines del siglo XIX, cuatro de cada diez cartagineses eran analfabetos, cifra que se reduciría a tan solo uno de cada diez en 1927.

La *Tabla 1* no solo permite comprobar que Cartago contaba con un público lector creciente, gracias a los progresos de la alfabetización popular antes descritos, sino que también demuestra que ocupaba uno de los primeros puestos en lo que a porcentaje de población alfabetizada se refiere. La ciudad capital se halló siempre en primer puesto y rápidamente alcanzaría elevados niveles de alfabetización: ya en 1927 casi el 90 por cien de los josefinos dominaba la lectura y la escritura. Por su parte, Cartago ocupó siempre el tercer puesto, en 1927 fue superada por la ciudad de Limón, en donde el bajo analfabetismo se explicaba “por el elemento extranjero y porque en ninguna otra hay un número tan crecido de escuelas privadas (33)”⁵⁶ y en 1950 por la ciudad de Heredia.

52. *La Stampa Cattolica nel Mondo. Insegnamenti e conclusioni dell'Esposizione Mondiale della Stampa Cattolica nella Città del Vaticano*, Milán, Istituto Cattolico per la Stampa, 1939, p. 446-454.

53. DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA, *Censo General de la República de Costa Rica (1892)*, San José, Tipografía Nacional, 1893, p. CIX.

54. DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS, *Censo de Población de Costa Rica (1927)*, San José, Tipografía Nacional, 1928, p. 44.

55. DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS, *Censo de Población de Costa Rica (1950)*, San José, Imprenta Nacional, 1951, p. 266.

56. DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS, *Censo de Población de Costa Rica (1927)*, p. 79.



Tabla 1: Porcentajes de alfabetismo y analfabetismo en las cabeceras de provincia

CABEC ERA	1892			1927			1950	
	A	½	0	A	½	0s	A	0
San José	45	25	30	89	1	10	93	7
Alajuela	32	17	51	82	1	17	80	20
Cartago	38	20	42	89	1	10	85	15
Heredia	36	16	48	84	4	12	89	11
Liberia	22	9	69	75	1	23	65	35
Puntarenas	26	17	57	80	1	19	69	31
Limón	39	13	48	92	0	8	83	17

A: Alfabetizados; ½: Semianalfabetos; 0: Analfabetos.

F.: Elaboración propia a partir de los datos de los Censos de Población de 1892, 1927 y 1950.

El Censo de 1927 permite calcular los datos de alfabetización por distrito. Los distritos Oriental y Occidental, que en su conjunto componen la ciudad de Cartago, contaban para entonces con elevados niveles de alfabetización: 91% y 88%, respectivamente. Lo cual permite afirmar que, en su rango inmediato de acción, los capuchinos podían encontrar un potencial público lector para sus productos.

Además, ese año casi todos los distritos del cantón central de Cartago poseían tasas de alfabetización superiores al 50%, exceptuando Corralillo (45%) y Concepción (45%). Esto confirma que, al alejarse del centro de la ciudad, los porcentajes de alfabetización disminuían, con excepción de Tierra Blanca, donde un 65% de la población contaba con algún grado de educación a pesar de hallarse a casi diez kilómetros de distancia de la ciudad de Cartago y de ser uno de los distritos más alejados del cantón⁵⁷.

El análisis de los datos aportados por el *Anuario Estadístico* de 1915 referentes a la producción de libros, folletos y periódicos en Costa Rica revela el estado del negocio de la edición previo a la fundación de la imprenta *El Herald*. La primera conclusión que se puede extraer de la *Tabla 2* es que, a pesar de la participación de diferentes talleres tipográficos, la Imprenta Nacional continuaba teniendo un peso importante en la producción de impresos.

Es cierto que ya no tenía la hegemonía de la que gozó a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, cuando –según los cálculos de Iván Molina– el taller tipográfico del Estado produjo el 75% de los 689 libros y folletos que vieron la luz en Costa Rica⁵⁸. Esta situación se debió, en parte, a la competencia que varios talleres fundados por extranjeros (particularmente españoles) le harían a partir del fin de la centuria. No obstante, hasta 1915, ninguna de estas empresas por sí sola podía igualar la cantidad de textos producidos por la Imprenta Nacional. La imprenta y librería Lehmann la seguía de lejos con un 18% de la producción libresco nacional.

57. *Ibidem.*, p. 47.

58. Iván MOLINA JIMÉNEZ, “Al pie de la imprenta. La imprenta Alsina y la cultura costarricense (1903-1914)”, *Avances de Investigación*, 69 (1994), p. 4.

Tabla 2: Libros y folletos impresos en Costa Rica en 1915 (sobre 173 obras)

TIPO	OBRAS PUBLICADAS	%
Folleto	93	53,76
Libro	48	27,75
Periódico	32	18,50
IMPRESA	CANTIDAD	%
Alfredo Greñas	3	1,73
Alsina	28	16,18
Lehmann	31	17,92
María v. de Lines	12	6,94
Moderna	23	13,29
Nacional	54	31,21
Trejos Hermanos	22	12,72
TEMÁTICA	CANTIDAD	%
Agropecuario	6	3,47
Almanaque	4	2,31
Desconocido	5	2,89
Discursos	5	2,89
Economía	4	2,31
Educación	5	2,89
Estatuto-prospecto	8	4,62
Informe oficial	34	19,65
Ingeniería	2	1,16
Leyes y reglamentos	22	12,72
Literatura	9	5,2
Medicina	10	5,78
Otros	6	3,47
Político	3	1,73
Periódico o revista	32	18,50
Religión	12	6,94

En segundo lugar, se aprecia que la producción de libros era débil en la Costa Rica de inicios del siglo XX. Un 54% de la producción de 1915 correspondía a obras de pocas páginas, mientras que los libros no representaban ni un 30% del pastel. En el consumo de libros, como en otros muchos aspectos, el país era altamente dependiente del comercio internacional, prueba de ello es el notable aumento que experimentó el valor de las importaciones de estos bienes. En 1903 se introdujeron 11.871 kilogramos



de libros impresos con un valor de 14.374 colones⁵⁹ y en 1912 fueron 39.152 kilogramos con un valor de 41.236 colones⁶⁰.

El *Censo Comercial* de 1915 revela la existencia de nueve librerías en el territorio nacional, todas en la capital. Cinco estaban en manos de costarricenses, dos eran propiedad de españoles, una pertenecía a un alemán y otra más a un estadounidense⁶¹. Desde tiempo atrás, estos comerciantes eran conscientes de la dependencia de Costa Rica en la importación de libros, por esta razón ya en 1911 Ricardo Falcó y José María Zeledón ofrecían vender “cualquiera obra que desee usted pedir” y, al mismo tiempo, comunicaban a su clientela que poseían “la agencia exclusiva de varias casas editoriales de Europa” y prometían tratar “en breve con otras de los Estados Unidos”⁶².

Por último, los datos de la *Tabla 2* dejan ver el peso que tenía la propaganda y la información que emanaba del Estado en la generación de libros y folletos. En 1915, los informes y memorias oficiales junto con las leyes y reglamentos acumularon el 32% de la producción de impresos. El segundo rubro más importante lo constituyen las publicaciones periódicas, que en su conjunto representan el 18% de los productos editoriales generados ese año en Costa Rica. El hecho de que en un país de menos de 500 mil almas hayan circulado 32 periódicos en tan solo un año revela el importante rol que jugaban en el debate público.

En el cuarto puesto figuran las obras piadosas, las cuales representan un 7% de los textos publicados en 1915. Dos de las imprentas josefinas participaban muy activamente en la edición de este tipo de materiales: la Lehmann, donde se estamparon ocho folletos, y el taller de María viuda de Lines, de cuyas prensas salieron tres libros de devoción. Por su parte, la imprenta de Alfredo Greñas aportó un único folleto.

Es verdad que el mercado del libro costarricense comenzó a secularizarse desde mediados del siglo XIX⁶³. No obstante, a inicios del siglo XX la comercialización del libro católico gozaba aún de buena salud, lo cual halla su razón de ser en el elevado número de católicos que tuvo el país a lo largo del periodo en estudio. De acuerdo con el censo de 1892, 99% de los costarricenses era afín a este credo⁶⁴ y aún a fines del siglo XX la cifra seguía siendo alta: en 1996, 81% de los ticos decía profesar esta religión⁶⁵.

59. DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS, *Anuario Estadístico de Costa Rica (1908)*, San José, Tipografía Nacional, 1908, p. 323.

60. DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS, *Anuario Estadístico de Costa Rica (1912)*, San José, Tipografía Nacional, 1912, p. 47. Se tomó como referencia 1912, porque entre 1913 y 1914 no vio la luz el *Anuario Estadístico* y, además, porque en 1915 se aprecia una reducción en la importación de libros como consecuencia de la Gran Guerra.

61. DIRECCIÓN GENERAL DE ESTADÍSTICA Y CENSOS, *Anuario Estadístico de Costa Rica (1915)*, San José, Tipografía Nacional, 1915, p. 365.

62. “Sociedad de Agencias Editoriales Falcó & Zeledón”, *El Cometa*, 29-4-1911, n. 41, p. 10.

63. MOLINA JIMÉNEZ, *El que quiera divertirse...*, p. 132.

64. *Censo General de la República de Costa Rica (1892)*, p. LXXXV.

65. CORPORACIÓN LATIBARÓMETRO, *Las religiones en tiempos del Papa Francisco*, Santiago de Chile, 2014, p. 11.

Ha quedado dicho líneas arriba que cuando la imprenta *El Heraldo* abrió sus puertas no había en Cartago ninguna librería, pero existía otro taller tipográfico que distribuía algunas obras: se trataba de la imprenta de Alejandro Bonilla, activa desde 1913 y que en enero de 1919 comunicaba a su clientela que:

Entre las novedades que acaban de llegar a la Librería Bonilla y que se están vendiendo con rapidez por su baratura, figuran la preciosa colección de cuentos para niños de Biblioteca Selecta [...] También se encuentran a la venta las obras de la Biblioteca Grandes Novelas a la mitad del precio de antes o sea a ₡ 2.00 y en surtido de temas de los más recomendables⁶⁶.

Los capuchinos no fueron la única orden religiosa que en la ciudad de Cartago contó con imprenta, produjo revistas e hizo circular obras pías. Desde 1907 se habían instalado allí los padres salesianos, quienes también establecieron su propio taller tipográfico con el propósito de formar jóvenes en el arte negro. De sus prensas salía *El Gris*, una revista que estuvo activa durante las décadas de 1920 y 1930 y que utilizaron para promocionar algunos textos que los lectores podían adquirir en su residencia de Cartago. Así, en abril de 1928 se comunicaba la venta de 16 obras⁶⁷ y en julio del mismo año se anunciaba la disponibilidad de 37 más⁶⁸.

En suma, al instalarse en Cartago, los capuchinos encontraron un mercado en plena expansión gracias a los progresos de la alfabetización popular, poco especializado y con escasa competencia, por lo que no fue difícil generar demanda para sus impresos.

Características de los libros y folletos

En este apartado se intentará dar respuesta a la pregunta ¿cuáles eran las principales características de los libros y folletos que comercializaron los padres capuchinos entre 1913 y 1965? El análisis proviene de diversos avisos insertados en la revista *El Heraldo Seráfico*, a partir de los cuales se pudo identificar un total de 403 obras diferentes. Valga señalar que las publicaciones periódicas, tales como revistas y almanaques, fueron excluidas de la muestra y que, a pesar de las limitaciones de la fuente, se pueden extraer algunas conclusiones relevantes sobre la oferta libresco del siglo XX.

Los datos expuestos en la *Tabla 3* muestran que casi la mitad de los textos ofertados por los capuchinos fueron devocionarios, es decir, libros pequeños con oraciones comunes para que los fieles las leyeran, las aprendieran y luego las recitaran de memoria. Entre ellos pueden mencionarse *Cinco domingos a las llagas de San Francisco*, *Los trece minutos a los pies de San Antonio* o *Los trece martes a San Antonio*.

En segundo lugar, aparecen las novenas, que son folletos que contienen un conjunto de oraciones que se practican por espacio de nueve días y que se ofrecen a Dios, a la Virgen o a los santos. Un 32% de las novenas que se podía adquirir en la imprenta *El Heraldo* estaban dedicadas a algún santo, entre los que destacan San Francisco de Asís y San Antonio de Padua (12% cada uno); 28% se consagraban a la Virgen María, particularmente a las advocaciones franciscanas –la Inmaculada

66. “Consecuencias del orden y tranquilidad nacionales”, *El Renacimiento*, 25-11-1919, n. 589, p. 1.

67. “Libros en venta”, *El Gris*, 4-1928, n. 4, p. 6.

68. “Libros en venta”, *El Gris*, 7-1928, n. 7, p. 9.



Concepción (7%) y la Divina Pastora (4%)–, pero también figuraba la Virgen de los Ángeles, patrona de Costa Rica (7%). Un 7% de estas publicaciones se ofrecían a Cristo, especialmente a Jesús Nazareno, el cual gozaba de una gran devoción popular que llevó a los frailes a instaurar una cofradía en su nombre en 1918.

Tabla 3: Características de los libros y folletos vendidos por los capuchinos

Tipo de obra	Cantidad	%	Tema	Cantidad	%
Biblia	3	0,74	Bíblico	5	1,24
Biografía	12	2,98	Desconocido	15	3,72
Catecismo	12	2,98	Devoción a los santos	55	13,65
Desconocido	16	3,97	Doctrina cristiana	21	5,21
Devocionario	197	48,88	Espiritualidad	53	13,15
Encíclica	4	0,99	Franciscanismo	110	27,30
Historia	6	1,49	Mariano	70	17,37
Hojas sueltas	16	3,97	Misiones	5	1,24
Literatura	4	0,99	Moral	5	1,24
Misal	3	0,74	Sacramentos	29	7,20
Novena	67	16,63	Vida y Pasión de Cristo	35	8,68
Vidas de santos	63	15,63			
TOTAL	403	100,00	TOTAL	403	100,00

F: elaboración propia a partir de los catálogos publicados en la revista *El Heraldo Seráfico* (1913-1965).

El tercer puesto es ocupado por las vidas de santos. Los religiosos privilegiaron la venta de las llamadas “vidas populares”, es decir, aquellas biografías que se redactaban con un lenguaje sencillo y que eran de corta extensión para facilitar su lectura. Inmediatamente después aparecen las hojas sueltas que, generalmente, incluían una sola oración, como: *el Santo Rosario (modo de rezarlo)*, *el Acto de consagración de las familias* o *el Viacrucis*.

Con lo expuesto hasta aquí se puede extraer una primera conclusión: las obras que ofrecían los capuchinos no eran de gran extensión. Las cuatro categorías expuestas acumulan el 86% de la muestra y se caracterizan todas por su escasa paginación. Las fuentes empleadas solo permiten conocer la extensión de 85 obras, de las cuales más de la mitad se componían de menos de 50 páginas. Los tipos de obras que suelen ser más extensos, como las biblias, las biografías, los catecismos y la literatura en general ocuparon un espacio menor entre los libros comercializados por la Orden Capuchina.

La novela fue un género casi ausente en los catálogos de los capuchinos, hecho que se explica por la enorme desconfianza que la Iglesia católica en su conjunto mostraba hacia este tipo de libros. Solo dos obras pertenecientes a esta categoría fueron publicadas, una titulada *Arcases, novela de aventuras* y la otra, *Solaces del hogar. Novelitas e historias para cada día del mes*. No obstante, esto no quiere decir que estos religiosos descuidaran por completo la lectura recreativa de sus fieles, pues a través de sus revistas *El Heraldo Seráfico* y *Amenidades* difundieron por entregas varias novelas, por ejemplo, entre enero de 1949 y diciembre de 1952 publicaron *Fabiola o la Iglesia de las catacumbas*, novela del cardenal Nicholas Wiseman, publicada en Londres en 1854 y traducida al español dos años más tarde, la cual se convirtió en “el contraveneno preferido por los editores y libreros católicos”⁶⁹.

69. BOTREL, “La Iglesia Católica y los medios de comunicación...”, p. 151.

En cuanto a la temática de las obras ofertadas por los frailes capuchinos, se aprecia que un 27% de ellas se consagraron a temas franciscanos, lo que revela una acción propagandística a favor de su orden, pues fue a través de estos libros y folletos que dieron a conocer su carisma, sus santos, su labor pastoral, etc. En segundo lugar, figuran los textos con temática mariana (17%), o sea aquellos que promovían el culto y la devoción por la Virgen María. En esta misma línea, los textos que incitaban la devoción a los santos aparecen en el tercer puesto (14%).

Inmediatamente después, se posicionan las obras que pretendían apoyar o mejorar la vida espiritual de los católicos (13%) y en quinto lugar aquellas que se enfocaban en la devoción a la vida y pasión de Jesucristo (9%). Estos textos representan en su conjunto las cuatro quintas partes de la oferta libresca de la imprenta *El Herald*, lo cual revela el carácter popular de sus obras, destinadas sobre todo al culto y a las devociones católicas.

El 20% restante lo abarcan obras que requerían de un mayor conocimiento de los dogmas católicos para poder ser comprendidas; así, los libros y folletos relacionados con los sacramentos representan el 7% de la oferta, los de doctrina el 5% y en último lugar aparecen los textos de moral, misiones y las biblias (1,2% cada uno). Que los textos sagrados aparezcan al final del listado no sorprende, pues hasta mediados del siglo XIX la jerarquía eclesiástica censuró la lectura de la Biblia en lenguas vernáculas. En 1849, Pío IX advertía de que los enemigos de la Iglesia:

*Anzi, valendosi dell'appoggio delle società Bibliche che già sono state condannate da questa Santa Sede [...], non si fanno scrupolo di diffondere anche la Sacra Bibbia tradotta contro le regole della Chiesa [...], in lingua volgare assai corrotta e con nefanda audacia deformata in nefandi significati; e osano raccomandarne la lettura alla plebe fedele, sotto il pretesto di Religione*⁷⁰.

¿Quiénes eran los autores de los textos distribuidos por los capuchinos? En primer lugar, debe destacarse la enorme participación como escritores de los mismos frailes que habitaban el convento de San Francisco: es el caso de fray Zenón de Arenys de Mar, a quien *El Herald* le publicó *Breve historia de los padres capuchinos en Costa Rica, Las órdenes y congregaciones religiosas, Vida popular de Santa Teresita del Niño Jesús, Vida popular de San Conrado de Parzham, Novena y triduo a San Conrado de Parzham, Vida popular de San Francisco de Asís, El Acto de Contrición, puerta del Cielo* y “además hojitas de propaganda religiosa”⁷¹.

También hicieron lo mismo fray Doroteo de Barcelona y fray Pelegrín de Mataró. Del ingenio del primero saldría *Novena a Jesús Nazareno, Viarucis Franciscano, Silueta de San Francisco de Asís y Vida de sor Ana de Jesús Castro. Religiosa capuchina*⁷², mientras que son obras del segundo: *Alocución a los devotos de San Francisco, La devoción a Nuestra Señora del Carmen, Vida popular de San Fidel de Sigmaringa, San Leonardo de Porto Maurizio: el tesoro escondido de la Santa Misa, Recuerdo de la Santa Misión*⁷³, *Vida y milagros de San Francisco de Asís, Trece minutos a San Antonio* y varias obras más.

70. Pío IX, *Encíclica Nostis et Nobiscum*.

71. APCC, datos del R.P. Fr. Zenón de Arenys de Mar, O. F.M. Cap., 11-9-1946.

72. APCC, “Compendi de les obres que deixa escrites el meu germà: Rnd. P. Doroteo de Barcelona”, sin fecha., pp. 1 y 2.

73. “Necrologia. R. P. Peregrinus a Mataró”, *Analecta Ordinis Minorum Capuccinorum*, vol. LV, fasc. IX, p. 221.



Otros frailes participaron publicando menos títulos: fray Dionisio de Llorens solo hizo imprimir *Novena, triduo y visita a Nuestra Señora de los Ángeles*, fray Ponce María de Gerona pudo estampar *El año de noviciado de la Tercera Orden Franciscana* y, por su parte, fray Agustín de Barcelona escribió una *Vida popular de San Francisco*.

En su natal Cataluña, algunos de estos religiosos ya habían ganado alguna experiencia en la escritura y edición de textos, la cual aprovecharon una vez llegados a Costa Rica. Sirva de ejemplo el caso de fray Pelegrín de Mataró, quien en Barcelona había publicado una treintena de obras⁷⁴, de las cuales tres pueden consultarse en la *Biblioteca de Catalunya: Los siete domingos de San José* (1911), *El Rosario de la Virgen María* (1912) y *El Jubileo de la Porciúncula* (1915).

Algunos de estos folletos se convirtieron en verdaderos *best-sellers*, como sucedió con los compuestos por el hoy beato Remigio de Papiol. Hasta 1958, su *Devocionario Popular* conoció 28 ediciones. La de ese último año constaba de 30.000 ejemplares⁷⁵, pero una década antes los capuchinos declararon haber distribuido 54.000 unidades de este opúsculo⁷⁶, el cual contenía:

las principales oraciones que acostumbra rezar el cristiano, actos de fe, esperanza y caridad, modo de rezar el Santo Rosario, examen de conciencia, afectos para antes y después de comulgar, oraciones para oír Misa con devoción, Trisagio a la Santísima Trinidad y Viacrucis⁷⁷.

Lo mismo sucedió con *El Protestantismo y la Biblia*, una obra más extensa que la anterior y que pretendía ser un freno ante el avance del protestantismo. En 1958 alcanzó su séptima edición de 10 000 ejemplares⁷⁸.

236

Otras obras conocieron una difusión menor, pero aun así importante para el mercado costarricense. De la *Vida popular de Santa Teresita del Niño Jesús* de fray Zenón se hicieron tres ediciones, mientras que las biografías de San Francisco y de San Conrado escritas por el mismo autor conocieron dos ediciones cada una⁷⁹. Por su parte, la *Novena a Jesús Nazareno* y *El Viacrucis Franciscano* de fray Doroteo tuvieron tirajes de 5.000 unidades cada una⁸⁰.

Entre los autores que figuran en los catálogos de la imprenta *El Heraldo* se encuentran personajes destacados del catolicismo, como por ejemplo: San Buenaventura, de quien se distribuía su obra *Vida de San Francisco*; San Francisco de Sales, autor de *La vida devota*, Santa Teresa del Niño Jesús, de quien se promocionaba sus *Obras completas*, o San Antonio María Claret, célebre misionero catalán promotor de la propaganda católica y autor de *Camino recto y seguro para llegar al cielo*.

74. *Ibidem*, pp. 219-221.

75. Fray Melchor DE BARCELONA, “Crónica del Convento de Cartago...”, p. 68.

76. “De venta en nuestra administración”, *El Heraldo Seráfico*, 2-1949, n. 431, s.p.

77. “Devocionario Popular”, *El Heraldo Seráfico*, 2- 1945, n. 384, s. p.

78. Fray MELCHOR DE BARCELONA, “Crónica del Convento de Cartago...”, p. 68.

79. APCC, Fray Zenón DE ARENYS DE MAR, “Los capuchinos catalanes en América (Conferencia)”, enero de 1943, p. 17.

80. “Compendi de les obres que deixa escrites...”.

Algunos de los libros que los capuchinos ponían a disposición del público costarricense gozaban de gran popularidad entre las audiencias españolas del siglo XIX e incluso en las de las primeras décadas del XX, un indicio más de que estos religiosos catalanes quisieron replicar en tierras centroamericanas el modelo que con anterioridad se había implantado en la Península Ibérica. Fue el caso de *Visitas al Santísimo Sacramento*, de San Alfonso María de Liguorio, obra reeditada 25 veces en Francia y que conoció una extraordinaria difusión en España, según el criterio de Hibbs-Lissorgues⁸¹; pero también de *La imitación de Cristo* de Thomas Kempis, obra del siglo XV que seguía hallándose entre las más habituales de los libreros católicos españoles⁸².

El público

Determinar quiénes leían estos textos es una tarea difícil a partir de las fuentes consultadas, pero es posible sugerir una serie de públicos meta a los cuales los frailes deseaban llegar a través de sus libros y folletos. Para hacerlo, se recurre a dos elementos: el análisis de los precios que aparecen en los catálogos y algunas referencias encontradas en las revistas *El Heraldo Seráfico* y *Hoja Dominical*.

El análisis de los precios expuesto en la *Tabla 4* muestra que tres cuartas partes de los productos editoriales que se podían adquirir en El Heraldo costaban menos de dos colones y que la mitad de los textos ofertados no superaba los 50 centavos. Menos de un 20% de la oferta de este taller tipográfico superaba el valor de dos colones, siendo *Obras completas* de Santa Teresa del Niño Jesús, el *Catecismo del Concilio Tridentino* y *La Biblia* en tres tomos los libros más costosos. Los dos primeros costaban nueve colones, mientras que el tercero valía diez, su extensión justificaba su precio, pues tanto las obras completas como el catecismo eran gruesos volúmenes de 1.000 páginas.

Tabla 4: Precio de los libros y folletos vendidos por los capuchinos

Precio en ¢	1913-1919	1920-1929	1930-1939	1940-1949	1950-1959	1960-1965	Total	%
0 - 0,5	21	82	27	5	56	10	201	49,88
0,5 - 1	1	42	0	0	14	3	60	14,89
1 - 1,5	2	24	0	0	3	0	29	7,20
1,5 - 2	0	11	0	0	3	1	15	3,72
2 y más	0	67	1	1	6	1	76	18,86
NI	8	4	0	0	10	0	22	5,46
TOTAL	32	230	28	6	92	15	403	100,00

F: elaboración propia a partir de los catálogos publicados en la revista *El Heraldo Seráfico* (1913-1965).

Podría pensarse que los precios de los libros de *El Heraldo* eran bajos; no obstante, hace falta ponerlos en relación con los salarios de la época para poder extraer una conclusión definitiva. La *Tabla 5* muestra el salario mínimo de siete oficios diferentes, calculados para una semana laboral de cinco días de un trabajador de la

81. Solange HIBBS-LISSORGUES, “El libro y la edificación”, en Víctor INFANTES et. al., *Historia de la edición y de la lectura en España (1472-1914)*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003, pp. 650-658.

82. Juan Carlos SÁNCHEZ ILLÁN, “La edición del libro religioso”, en Jesús A. MARTÍNEZ MARTÍN (ed.), *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 355-372.



capital. Los datos se tomaron de los decretos de salarios mínimos fijados por el Poder Ejecutivo, a través del Consejo Nacional del Trabajo⁸³.

Comprar un folleto cuyo valor asciende a los 50 centavos no excede nunca el 2,7% del salario semanal de cualquiera de estos trabajadores. De hecho, en 1944 dicha compra representaba menos del 1% de los ingresos semanales de un redactor de periódico o de un cortador de una sastrería; mientras que para un cantinero o un albañil representaba desembolsar el 1% de su sueldo semanal, para un trabajador del comercio o para un prensista de una imprenta representaba el 2% y la cifra a pagar comenzaba a ser privativa para el peón de finca, quien debía desprenderse del 3% de su ingreso para poder hacer esta adquisición. Como los salarios aumentan para adaptarse al costo de la vida, este porcentaje disminuye y hay entonces que buscar otro elemento para poner en relación el costo de los impresos.

Tabla 5: Salarios de varios oficios (en colones)

Oficio	1944	1947	1954	1956	1960
Albañil	40,00	40,00	44,00	44,00	54,00
Cantinero	43,75	30,00	36,00	36,00	38,25
Cortador (sastrería)	82,00	82,00	106,00	106,00	116,00
Dependiente	2,005	25,00	42,00	42,00	46,00
Peón (café)	18,40	21,20	50,00	50,00	56,80
Prensista	30,00	30,00	136,00	136,00	96,00
Redactor (periódico)	75,00	75,00	175,00	175,00	184,00

F.: Elaboración propia a partir de los decretos de salarios mínimos (1944-1960).

En 1949, el salario promedio semanal de las familias josefinas era de 59,4 colones y el gasto mensual promedio se estimaba ese mismo año en 130,4 colones, repartidos en siete rubros: vivienda (¢10,17), electricidad (¢4,22), gastos varios de la casa (¢4,95), alimentación (¢59,34), vestuario (¢24,01), muebles y otros equipos (¢3,07), gastos misceláneos (¢24,62). Las familias contaban con un fondo para gastos varios que promediaba los 30 colones mensuales, de donde se podía extraer una pequeña cantidad y reservarla para la compra de libros y folletos piadosos. Uno de estos textos con un valor de 50 centavos representaría el 1,6% de este rubro de gastos⁸⁴.

En 1951, la compra del folleto de 50 centavos representaba un gasto menor al de adquirir cualquiera de los alimentos más comunes. En marzo de ese año, una libra de arroz costaba 65 centavos, la de frijoles tenía un precio de 55 centavos, la libra de café tenía un valor de 3,55 colones y la de pescado oscilaba entre 2 y 2,5 colones, mientras

83. *Colección de Leyes y Decretos*, San José, Imprenta Nacional, 1944, vol. 2, pp. 373-405; *Colección de Leyes y Decretos*, San José, Imprenta Nacional, 1947, vol.1, pp. 259-323; *Colección de Leyes y Decretos*, San José, Imprenta Nacional, 1954, vol. 2, pp. 212-228; *Colección de Leyes y Decretos*, San José, Imprenta Nacional, 1956, vol. 2, pp. 253-288; *Colección de Leyes y Decretos*, San José, Imprenta Nacional, 1960, vol. 2, pp. 219-240.

84. José Manuel CERDAS ALBERTAZZI, "Penurias y recuperación: niveles de vida de los trabajadores capitalinos costarricenses entre 1929 y 1969", en *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 21 (1-2), 1995, p. 132.

que una botella de leche se conseguía por 70 centavos⁸⁵. En general, se aprecia que los libros de *El Heraldo* tenían precios accesibles para las clases populares.

Es posible identificar tres comunidades de lectores a las cuales apelan las obras de los catálogos de la imprenta de los capuchinos. En primer lugar, los sacerdotes y demás miembros del clero, los cuales requerían constantemente de textos especializados, ya fuesen para su formación, para su actualización o simplemente para el ejercicio cotidiano de su ministerio. Ha quedado en evidencia que este tipo de libros eran menos frecuentes entre la oferta de *El Heraldo*; sin embargo, podían hallar compradores entre quienes administraban los más de 170 templos y parroquias que existían en todo el país hacia 1920⁸⁶, entre los miembros de varias órdenes religiosas o entre los alumnos del único seminario que tenía el país.

En 1942, fray Zenón de Arenys de Mar publicó un folleto titulado *Las órdenes y congregaciones religiosas*, el cual tuvo buena acogida entre el clero. El padre Carlos Borge le ofreció reproducirlo en la revista *El Eco Católico* y hacer un tiraje de 15 mil ejemplares, mientras que el arzobispo de San José, Víctor Manuel Sanabria, le extendía sus felicitaciones diciéndole: “le congratulo muy calurosamente por tan brillante síntesis doctrinal e histórico que sin duda habrá contribuido a disipar tanto prejuicio como sobre la materia corre como moneda de buena ley, y a reducir no pocas conciencias a la senda del sentir católico”⁸⁷. Años más tarde, en 1948, el arzobispo volvió a enviar un mensaje de felicitación por el libro *Capuchinos catalanes en Centroamérica y México*, de fray Pacífico de Vilanova⁸⁸.

Las obras de los capuchinos también alcanzaron a miembros de la clerecía en el extranjero. En abril de 1959, fray Ponce de Gerona –entonces director de la imprenta– recibió una carta del secretario de la diócesis de Santiago de María (El Salvador), en la que le comunicaba que el obispo, monseñor Francisco Castro y Ramírez, había recibido *El protestantismo ante la Biblia*, “el cual ha leído detenidamente, quedando sumamente complacido, pues lo cree utilísimo y práctico para el sacerdote en las campañas cotidianas contra el protestantismo”⁸⁹.

La segunda comunidad de lectores a la que se dirigían los libros y folletos distribuidos por *El Heraldo* eran las mujeres. Existía entre los miembros de la Iglesia católica una gran preocupación por los textos que podían llegar a manos de las jóvenes y de las damas, pues había que preservarlas de la corrupción mundana y prepararlas para la atención del hogar. Los capuchinos mostraron en múltiples ocasiones esta inquietud, como en 1921, cuando se insertó en las páginas de *El Heraldo Seráfico* la poesía “A Cándida”, del español José María Gabriel y Galán, una composición que propone que el modelo de mujer cristiana es aquella que “lee pocas novelas y muchos devocionarios”⁹⁰.

85. “Ayer en el mercado de abastos”, *Diario de Costa Rica*, 10 de marzo de 1951, p. 4.

86. José Aurelio SANDÍ MORALES, “La participación de la Iglesia Católica en el control del espacio geográfico en Costa Rica (1850-1920)”, en *Revista Historia*, n. 63-64 (enero-diciembre 2011), p. 81.

87. “Algunas de las muchas felicitaciones y diversas opiniones importantes sobre el folleto *Las órdenes y congregaciones religiosas*”, *El Heraldo Seráfico*, 11-1942, n. 357, p. 267.

88. “Arzobispado de San José de Costa Rica”, *El Heraldo Seráfico*, 4-1948, n. 421, p. 59.

89. “Recomendaciones de un libro”, *El Heraldo Seráfico*, 5-1959, N° 552, p. 16.

90. *El Heraldo Seráfico*, 7-1921, n.101, p. 96.



Una vez más, en 1926, los hijos de San Francisco llamaron la atención sobre las lecturas femeninas, apuntando que entre “los escollos que una joven encuentra en el mundo, conviene señalar los malos libros, y entre estos, las novelas, sin la menor duda, ocupan el primer puesto”⁹¹. Convenía, entonces, poner a disposición del género femenino una serie de buenas lecturas, y por eso los capuchinos se aprestaron a poner en venta un gran número de devocionarios y algunas novelas alternativas para ellas. Además, debe considerarse que, generalmente, en el catolicismo es la madre la encargada de introducir a los hijos en la religión y que, por lo tanto, estos devocionarios se convertían en una herramienta para que las mujeres enseñaran las oraciones más elementales a su prole.

Finalmente, la tercera comunidad a la que apuntaban los capuchinos con sus obras eran los estudiantes, particularmente aquellos que recibían la formación cristiana mediante la asistencia al catecismo. En setiembre de 1925 surgió la idea de “hacer una edición numerosa del Catecismo para regalar un ejemplar a todos los niños y niñas de Costa Rica”⁹², y para ello solicitaron una contribución a los fieles. La edición de 3.000 ejemplares estuvo lista a fines de ese año, constaba de 64 páginas, incluía el “texto completo del Catecismo corriente en Costa Rica (el del Ilmo. Monseñor Thiel)” y “se han insertado también las oraciones y añadido el Trisagio a la Santísima Trinidad, que tanto gusta al pueblo católico”⁹³. No obstante, el proyecto original no llegó a buen puerto, pues quienes colaboraron con dinero solicitaron a cambio ejemplares gratuitos⁹⁴.

Tres décadas más tarde, la revista *El Heraldo Seráfico* anunciaba que de sus prensas pronto saldría la obra titulada “Misa Dialogada, por Rodrigo, párroco de Siuna, capuchino” y añadía el comentario: “excelente para Colegios. Letra grande y esmerada presentación. Pídanlo ahora para asegurarse el rápido envío de esta nueva edición”⁹⁵. No debe olvidarse que por muchos años los frailes del convento de San Francisco tuvieron a su cargo la instrucción religiosa de los niños de Cartago y que para estos fines mandaron a construir un edificio en 1915⁹⁶.

240

Conclusiones

El historiador español Jesús A. Martínez ha propuesto considerar tres elementos a la hora de contextualizar al lector: su capacidad para leer, su capacidad para adquirir materiales impresos y la oferta editorial a la que tiene acceso⁹⁷. Todos ellos han sido abordados a lo largo de estas páginas y permiten extraer algunas conclusiones. En primer término, las políticas de alfabetización popular impulsadas por el Estado costarricense redujeron significativamente el analfabetismo a lo largo del siglo XX, lo

91. “Las lecturas entre la juventud femenina”, *El Heraldo Seráfico*, 6-1926, n. 160, p. 264.

92. “Florecilla Semanal”, *Hoja Dominical*, 1^{er} domingo de setiembre de 1925, n. 481, p. 3.

93. “Florecilla Semanal”, *Hoja Dominical*, 3^r domingo de diciembre de 1925, n. 496, p. 2.

94. *Ibidem*.

95. “Bibliografía”, *El Heraldo Seráfico*, 9-1958, n. 544, p. 25.

96. “Salón para Catecismo”, *El Heraldo Seráfico*, 11-1915, n. 34, p. 85.

97. MARTÍNEZ MARTÍN, *Lectura y lectores...*, p. 53.

que permitió a los capuchinos contar con un público creciente para las obras que difundían.

Los progresos de la alfabetización popular ofrecieron a los capuchinos un público diverso, el cual supieron fragmentar y, así, pudieron ofrecer productos editoriales específicos para cada grupo. Ha quedado demostrado que entre los compradores se encontraban los miembros del clero, muy desprovistos de materiales impresos en la Costa Rica de la primera mitad del siglo XX, pero también mujeres que se ocupaban de sus hijos y, finalmente, los niños que asistían al catecismo.

En segundo lugar, ha quedado evidenciado que los precios de las obras que podían adquirirse en la imprenta *El Herald* no eran del todo privativos. Esto significa que una familia, aún de escasos recursos, podía comprar uno o varios folletos, lo cual aseguraba una clientela constante para los frailes. El hecho de que esta imprenta tuviera más un carácter apostólico que lucrativo explica los precios accesibles que tuvieron sus productos.

En tercer lugar, se ha visto que Costa Rica contaba a inicios del siglo XX con varios talleres tipográficos que producían libros y folletos y con múltiples librerías donde se distribuían estos últimos y otros textos importados. No obstante, a pesar del fervor católico de los costarricenses, el mercado del libro religioso no estaba del todo bien surtido, lo cual fue aprovechado por los hijos de San Francisco para desarrollar su negocio.

En lo que se refiere específicamente a la oferta de la imprenta *El Herald*, queda claro el carácter popular de los libros que allí podían adquirirse, así como también el gran peso que el tema franciscano tenía en las obras distribuidas por los capuchinos. Por lo tanto, resulta evidente que los religiosos que habitaron el convento de Cartago a lo largo del periodo analizado se valieron de estos impresos comercializados en su taller para dar a conocer su carisma, por entonces muy desconocido por los costarricenses.

En suma, obedeciendo las órdenes emanadas desde el Vaticano y adaptando su experiencia de Cataluña, los capuchinos desarrollaron en Costa Rica una estrategia editorial que aprovechó las ventajas que ese país ofrecía. Esta investigación constituye un primer paso para analizar el rol que jugó la Iglesia católica en el control de la lectura y de la circulación de ideas en un momento en que no solo crecía la cantidad de lectores, sino también la oferta libresco. Falta aún ahondar sobre las acciones emprendidas por el clero secular y por los miembros de otras órdenes y congregaciones religiosas presentes en esta nación. Debe recalcarse que la obra de estos frailes fue posible gracias a que los distintos gobiernos de ese país se mostraron conformes con su trabajo y no fueron objeto de persecución, como en otras naciones.

